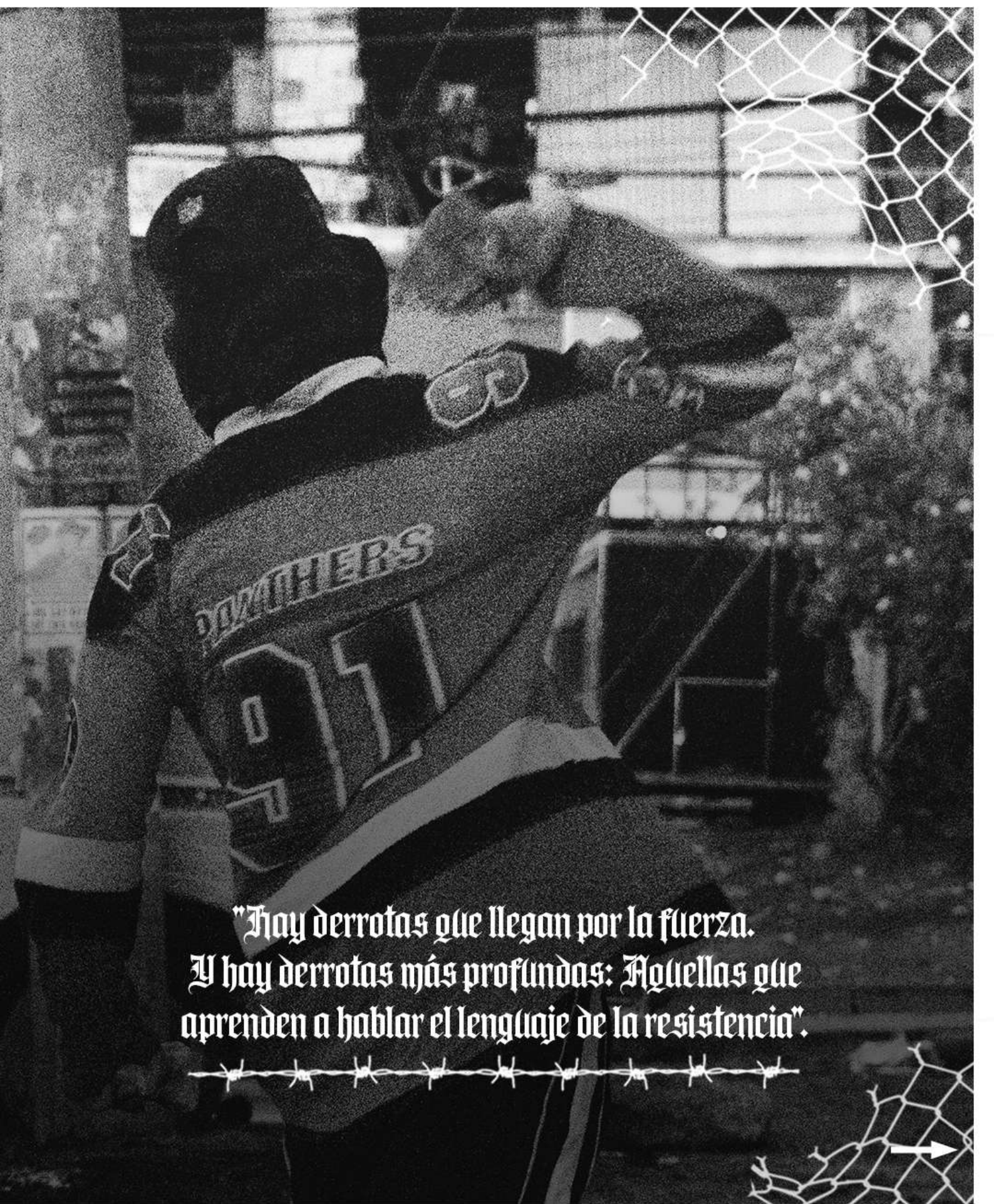


Aún nos queda ❄️ La noche

Apuntes escritos desde las grietas y los desacuerdos compartidos por corazones antiautoritarios del territorio dominado por el estado colombiano. Como pájaros negros surcando el incendio, estas palabras procuran agitar las certezas y desgarrar los horizontes de lo imaginable. **Porque no hay noche tan larga que consiga domesticar todos los cielos.**





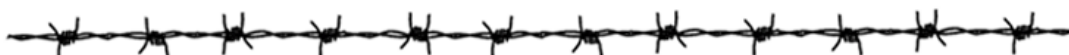
"Hay derrotas que llegan por la fuerza.
Y hay derrotas más profundas: Aquellas que
aprenden a hablar el lenguaje de la resistencia".

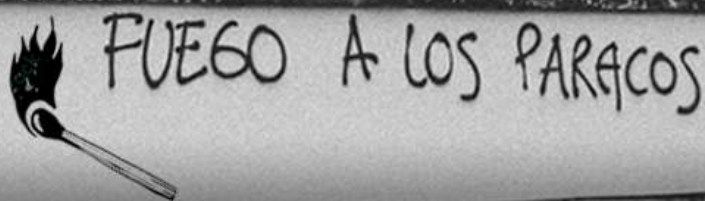




Estas reflexiones no pretenden proclamar verdades absolutas ni levantar nuevas fronteras. No fueron escritas para fundar otra iglesia sobre las cenizas de las anteriores ni para repartir certificados de coherencia entre quienes caminamos el valle de las mismas derrotas. Si algo necesita esta geografía fragmentada de anarquismos, autonomías y rebeldías asfixiadas bajo el cielo de nuestra tierra, es precisamente lo contrario: debates feroces, autocrítica mordaz, ideas incómodas y preguntas capaces de volver sospechosas nuestras propias certezas e impedir que nuestras convicciones se conviertan en refugios. Porque las ideas también envejecen y una praxis que deja de cuestionarse a sí misma termina convirtiéndose en una identidad cultural. Y toda identidad cultural, tarde o temprano, aprende a coexistir con aquello que decía combatir. Porque las revoluciones no mueren únicamente bajo las botas o las cárceles. A veces mueren de certezas y a veces mueren cuando dejan de hacerse preguntas.

El frenesí de los periodos electorales se asemeja a una moneda girando al viento en el sentido de todas las contradicciones. Hay quienes promulgan la autonomía mientras organizan y participan en campañas electorales, otrxs que citan a Bakunin en sus textos para terminar pidiendo mejores administradores de la gobernabilidad. Hay quienes afirman con vehemencia que ningún gobierno traerá libertad y, acto seguido, corren desesperadamente a proteger la legitimidad de las instituciones. Esta no es una simple contradicción moral, es política. Porque el horizonte nunca ha sido la pureza de nuestra praxis sino su dirección.





Nuestra historia se ha escrito con la sangre de revoluciones derrotadas, pacificaciones, policías, cárceles y fusiles. Con rabias convertidas en opinión pública e insurrecciones transformadas en ciudadanía. El viejo sueño de incendiar lo existente reducido a una pedagogía permanente del mal menor. Pero también se ha teñido de conceptos ambiguos y eficaces como "la integración" (la capacidad del orden establecido para absorber la crítica y devolverla convertida en una pieza funcional de sí mismo). Y quizás ahí resida la mayor victoria del poder de nuestra época pues ya ni siquiera necesita aplastar nuestras revoluciones, le basta solo con convencernos de esperar: una elección más, una coyuntura más, un fascismo más amenazante, un nuevo tigre de papel, una nueva catástrofe, un candidato más paraco, narco o destripador.

Y mientras esperamos, el mundo sigue organizándose contra nosotrxs. Porque el capital no espera, como tampoco lo hacen las cárceles, los perfilamientos, los montajes judiciales, la violencia policial, el machismo, los falsos positivos, las fronteras, la xenofobia, el sionismo, la devastación extractivista, la homofobia, la transfobia, la bifobia, los militares, los paracos, los grupos de fachos, patriotas y "gente de bien" armada en campos y ciudades. **Sólo la revolución parece condenada a esperar.**



Y así la imaginación política que iluminaba las barricadas en nuestros barrios fue sustituida por la administración del desastre, la urgencia reemplazó nuestros horizontes, la supervivencia ocupó el lugar de la emancipación y el progresismo terminó funcionando como una inmensa sala de espera - disfrazada de trinchera - donde generaciones enteras envejecen aguardando el momento adecuado para comenzar aquello que nunca termina de empezar.

El malabarismo argumentativo dentro de la sala es ya conocido: Primero se reconoce que ningún gobierno nos traerá libertad, luego se admite que el Estado administra el peor de todos los males: el capitalismo, después se acepta que los derechos obtenidos hasta hoy jamás han sido regalos del poder sino reivindicaciones arrancadas a sangre, fuego, huelgas, motines, acción directa y organización popular, se admite que la autogestión es infinitamente más peligrosa para el poder que una firma en un papel, se reconoce que la democracia liberal jamás ha logrado abolir la dominación, y acto seguido, la conclusión es: «por eso debemos votar». La moneda girando en el huracán.

Otrxs corazones antiautoritarios ya habían manifestado su desconfianza ante la ilusión parlamentaria y quienes la defienden. Bakunin sostuvo que el problema no era quién gobierna, sino la existencia misma de estructuras fundadas sobre la dominación. Malatesta argumentaba que el parlamentarismo no neutraliza la rebeldía sino que la absorbe. Goldman subrayó la fantasía de delegar nuestra potencia colectiva en representantes. Galleani desconfiaba del voto porque decía que reconciliaba al explotado con la maquinaria que lo explota. Novatore se burlaba de la moral ciudadana porque veía en ella la transformación de la obediencia en virtud. Bonanno insistió en que el problema nunca fue quién ocupa el poder, sino las relaciones sociales que hacen posible dicho poder.



Quizás una de las fórmulas más eficaces y, al mismo tiempo, más superficiales que utiliza el progresismo es aquella que, con tono de madurez política, nos conmina a *“estar a la altura del momento histórico”*. La invitación parece razonable y sensata, pero precisamente ahí reside su debilidad ideológica: nunca explica qué significa esa altura ni quién la define. Porque todos los procesos de integración y renuncias estratégicas de la historia revolucionaria se han justificado con palabras muy similares. Socialdemócratas europeos que abandonaron el internacionalismo en nombre de la guerra, comunistas que ingresaron a gobiernos de unidad nacional, izquierdas liberales que cambiaron los estallidos por la administración y la revolución por la gobernabilidad. La pregunta incómoda no creemos que sea si debemos o no leer las condiciones materiales de nuestra época. Evidentemente debemos hacerlo. La pregunta que planteamos es otra: *¿Estar a la altura de qué? ¿De las necesidades de nuestra autonomía o de las urgencias impuestas por nuestros enemigos?*

Porque una cosa es intervenir sobre una coyuntura y otra muy distinta permitir que esa coyuntura defina los límites de lo imaginable. Si estar a la altura significa adaptar continuamente e indefinidamente nuestros horizontes ante las emergencias del presente, entonces "estar a la altura del momento político" pasa de ser una expresión lúcida y digna para convertirse en un nombre elegante para aceptar la derrota administrada.



Y precisamente de esa falacia nace otra aún más desconcertante: la idea de que quien no participa en el “santo ritual electoral” se vuelve automáticamente un ser pasivo, indiferente o cómplice del fascismo. Como si toda la historia de las luchas populares pudiera reducirse al circo electoral o como si en todo el mundo generaciones enteras de anarquistas, sindicalistas revolucionarixs e insurreccionalistas hubieran permanecido inmóviles por desconfiar de las elecciones y sus partidos. La verdadera victoria ideológica de la democracia liberal consiste en haber reducido toda nuestra imaginación política a la lógica del Estado y toda acción directa o antifascista a marcar un tarjetón con una X, presentando una caricatura absurda e injusta: *O votas o no haces nada.*

Pero la historia que se ha tejido colectivamente en nuestros barrios y territorios a través del apoyo mutuo, el arte, la pedagogía crítica, la educación popular, la olla comunitaria, el sabotaje, la liberación, las redes de solidaridad, la acción directa, la memoria combativa, la organización territorial y la lucha callejera, demuestra exactamente lo contrario.

La verdadera pasividad comienza cuando nuestra potencia e imaginación colectiva es reemplazada cada cuatro años por la esperanza depositada en representantes burgueses, cuando la organización comunitaria se convierte en expectativa y cuando el combate contra el fascismo y la autoridad se reduce a una liturgia electoral de organizaciones oxidadas que devuelven toda la centralidad política a las mismas figuras y estructuras que produjeron las condiciones materiales para su aparición.



Habr  quien esgrima cuestionamientos a estas reflexiones desde una crítica hacia una supuesta comodidad urbana ajena a la barbarie territorial, pero las ideas no se vuelven verdaderas o falsas por el origen social de quienes las formulan. No deja de ser irónico imaginar que el fascismo, el paramilitarismo, el narcotráfico, la guerra o la devastación sólo existirán lejos de las ciudades. Como si la represión, el autoritarismo, la violencia o la precarización fueran patrimonio exclusivo de otros territorios. Pero incluso si así fuera, el pensamiento  crata jams se ha definido por la búsqueda de refugios seguros, sino por una ternura solidaridaria que trasciende la propia supervivencia.

La cuestión nunca fue quién sufrirá primero ni quién posee más privilegios sino cómo combatir la barbarie sin utilizar las mismas herramientas del amo que nos esclaviza. Porque el abismo neofascista al que recién descendimos no surgió del vacío ni cayó del cielo. Es hijo del capitalismo, del nacionalismo, del colonialismo, de la miseria organizada y también hijo de democracias, incluso progresistas, perfectamente funcionales.

Nos enseñaron a temer el caos, pero jams la obediencia, nos enseñaron a sospechar del incendio, pero nunca del edificio que lleva siglos ardiendo sobre nuestros cuerpos, nos enseñaron a desconfiar de la revuelta, pero jams del trabajo asalariado, de las fronteras, de la policía, de las cárceles y de la devastación cotidiana del capital, nos enseñaron a tener miedo de la violencia de los oprimidos, pero no a la violencia organizada de quienes nos oprimen.



Pero incluso entre quienes hoy, atravesados por las contradicciones de la época, legitimaron el voto para contener el avance reaccionario, existen enemigos comunes más profundos que cualquier coyuntura. El levantamiento fascista, el populismo, la represión, el patriarcado y la devastación capitalista son hoy una realidad y están personificados en una figura narco paramilitar como cabeza del estado. *Con cara ganaban, con sello perdíamos.*

Y cuando el terror del pasado vuelve a desplegarse sobre nuestros cuerpox y territorios, las diferencias tácticas nunca han impedido que anarquistas, autónomos e insurreccionalistas volvamos a aparecer donde siempre hemos estado: **en las calles, en las barricadas, en la olla comunitaria, en las redes de apoyo mutuo, en la solidaridad, en la defensa de quienes caen, en la primera línea. No para administrar la derrota ni para gestionar el desastre, sino para combatir.**

Porque más allá de las diferencias tácticas, el fascismo nunca se ha derrotado en las urnas, se derrota en la disputa colectiva, en la solidaridad, en la capacidad de volver a encontrarnos y tejer trampas para hacer inhabitable el terreno para los reaccionarios, en la re-construcción cotidiana de relaciones incompatibles con el miedo, la obediencia y la dominación. Eso no implica desconocer la gravedad de las amenazas y la violencia que se cierne sobre nuestros territorios, pero si obliga a formular una pregunta incómoda que atraviesa el vuelo de nuestros horizontes:

Si la urgencia del momento termina siempre justificando la legitimación del poder, ¿en qué momento exacto deja de ser una excepción táctica para convertirse en una renuncia estratégica? Porque si la respuesta es «algún día, más adelante», la historia tiene una noticia bastante cruel: Ese día casi nunca llega.





Hoy que las urnas dictaminaron apretar, aún más, nuestros grilletes y que el país despierta bajo el horizonte de un gobierno encabezado por el fascista de la Espriella, la tensión e incertidumbre se agudizan. La amenaza reaccionaria deja de ser una hipótesis y comienza vociferar rabiosamente: *“Firmes por la patria”*. El miedo, la tristeza y la sensación de derrota recorren las calles y corazones del pensamiento divergente, mientras vuelven a asomarse los fantasmas del paramilitarismo, la persecución, la cárcel, la represión, la muerte y el despojo vividos hace apenas unos años.

Pero si algo nos pueden enseñar las derrotas es que el miedo, por sí solo, jamás puede convertirse en programa y que ninguna urgencia, por legítima que parezca, deja de ser peligrosa cuando exige como sacrificio el fortalecimiento de aquello mismo que pretendemos combatir. Hay momentos en los que la responsabilidad no consiste en administrar mejor la derrota o elegir el mal menor, sino en negarse a llamar victoria a una nueva reconciliación con el poder.



Ahora que ha caído la noche y naufragamos en ríos inciertos, quizás ilumine de nuevo la estrella negra que siempre estuvo presente en el horizonte para indicarnos que lo que nos sostuvo nunca fue un gobierno, ni ser mayoría, ni la promesa eterna del “cambio”, sino las infinitas redes invisibles que sobrevivieron a la muerte, los vínculos tejidos en las derrotas, los cuerpos y comunidades que aprendieron a resistir, incluso cuando todo parecía perdido. Y quizás sea precisamente ahora, que la tristeza reemplaza a la esperanza, cuando volvamos a recordar que nuestros principios nunca fueron una decoración para tiempos serenos, sino una brújula (apuntando a todos lados) para atravesar la penumbra.

Aún así, cuando la reacción avance, cuando el destripador desgarre, cuando el fascismo se despliegue y cuando la represión vuelva a mostrar su rostro más crudo, **allí volveremos a encontrarnos, una vez más, quienes escogimos armas distintas para atacar y combatir la misma barbarie.**

Porque desde las ruinas y el fuego siempre renacemos, e incluso derrotadxs, perseguidxs o arrinconadxs, existe una dignidad irreductible en negarse a llamar horizonte a la administración del miedo. Y porque por encima de las disputas, las contradicciones y las diferencias sobre las formas, hay algo que jamás ha pertenecido a las instituciones ni a los calendarios electorales:
La solidaridad entre quienes no estamos dispuestos a obedecer.

Quizás sea precisamente ahí en las ruinas, en la noche que nos queda, donde continúe latiendo la posibilidad de un nuevo mundo.





Aún nos queda
* La noche

Un puñado de cuchillos afilados pasándose de mano en mano entre quienes todavía se niegan a llamar destino a la derrota, una invitación a seguir discutiendo cuando todo invita a obedecer.

